

Ahmed Rashid

Los talibán

Islam, petróleo y fundamentalismo
en el Asia Central



Ahmed Rashid
Los talibán

Islam, petróleo y fundamentalismo
en el Asia Central

Traducción de Jordi Fibla

ediciones península

Título original: *Taliban: The Power of Militant Islam in Afghanistan and Beyond*
Publicado por I. B. Tauris & Co. Ltd., Londres

© Ahmed Rashid, 2000, 2001, 2008
Publicado de acuerdo con I. B. Tauris & Co. Ltd., Londres

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2001
Primera edición en este formato: febrero de 2014

© de la traducción del inglés: Jordi Fibla Feitó, 2001

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014
Ediciones Península,
Pedro i Pons 9, 11^a Pta
08034-Barcelona
info@edicionespeninsula.com
www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL • fotocomposición
BOOK PRINT DIGITAL • impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 231-2014
ISBN: 978-84-9942-305-0

CONTENIDO

<i>Nueva introducción: Los hechos del 11 de septiembre de 2001</i>	11
<i>Prefacio y agradecimientos</i>	21
<i>Introducción: Los guerreros santones de Afganistán</i>	29

PRIMERA PARTE: HISTORIA DEL MOVIMIENTO TALIBÁN

1. Kandahar (1994). Los orígenes de los talibán	49
2. Herat (1995). Los invencibles soldados de Dios	68
3. Kabul (1996). El jefe de los fieles	82
4. Mazar-e-Sharif (1997). Matanza en el norte	103
5. Bamiyan (1998-1999). La guerra interminable	121

SEGUNDA PARTE: EL ISLAM Y LOS TALIBÁN

1. El desafío al Islam. El nuevo estilo de fundamentalismo de los talibán	141
2. La sociedad secreta. La organización política y militar de los talibán	159
3. Un género desaparecido. Las mujeres, los niños y la cultura talibán	173
4. La riqueza de la heroína. Las drogas y la economía talibán	191
5. La <i>yihad</i> global. Los afganos árabes y Osama Bin Laden	208

TERCERA PARTE: EL NUEVO «GRAN JUEGO»

1. Dictadores y barones del petróleo. Los talibán y Asia Central, Rusia, Turquía e Israel	229
2. La idealización de los talibán (I). La batalla por los oleoductos (1994-1996)	249
3. La idealización de los talibán (II). La batalla por los oleoductos. Estados Unidos y los talibán (1997-1999)	269
4. Amo o víctima. La guerra afgana de Paquistán	289
5. Chiítas y suníes. Irán y Arabia Saudí	308

CONTENIDO

<i>Conclusión: El futuro de Afganistán</i>	325
<i>Apéndices</i>	339
<i>Bibliografía</i>	381

KANDAHAR (1994).
LOS ORÍGENES DE LOS TALIBÁN

El gobernador talibán de Kandahar, el *mulá* Mohammed Hassan Rehmani, tiene el hábito desconcertante de empujar con su única pierna la mesa ante la que se sienta. Al finalizar la conversación con él, ha empujado la mesa alrededor de su silla una docena de veces. Este tic nervioso de Hassan tal vez responda a la necesidad psicológica de sentir que aún tiene una pierna, o puede que sólo se ejercite al mantener continuamente esa pierna en movimiento.

El segundo miembro de Hassan es una pata de palo, al estilo de Long John Silver, el pirata de *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson. Es un viejo trozo de madera. El barniz ha desaparecido hace mucho tiempo, presenta rasguños y le faltan trocitos aquí y allá, sin duda debido a las dificultades de desplazarse por el rocoso terreno en el exterior de su despacho. Hassan, quien con más de cuarenta años de edad es uno de los dirigentes talibán más veteranos y uno de los pocos que luchó contra las tropas soviéticas, fue miembro fundador de los talibán y está considerado el número dos del movimiento, tras su viejo amigo el *mulá* Omar.

Hassan perdió la pierna en 1989, en el frente de Kandahar, poco antes de que las tropas soviéticas iniciaran su retirada de Afganistán. Pese a la disponibilidad de nuevos miembros artificiales que ahora las agencias internacionales de ayuda colocan al millón de amputados del país, Hassan prefiere su pata de palo. También perdió la punta de un dedo, debido a otra herida producida por la metralla. Los dirigentes talibán pueden jactarse de ser los más lisiados en el mundo actual, y los visitantes no saben cómo reaccionar, no saben si reírse o llorar. El *mulá* Omar perdió el ojo derecho en 1998, cuando un cohete estalló cerca de él. El ministro de Justicia, Nuruddin Turabi y el ex ministro Mohammed Ghaus también son tuerkos. El alcalde de Kabul, Abdul Majid, tiene una sola pierna y le fal-

tan dos dedos. Otros dirigentes, incluso jefes militares, presentan incapacidades físicas similares.

Las heridas de los talibán son un constante recordatorio de veinte años de guerra que han causado un millón y medio de muertos y devastado el país. La Unión Soviética invirtió en Afganistán unos cinco billones de dólares al año (en total cuarenta y cinco billones), a fin de someter a los muyahidín... y fracasó. Entre 1990 y 1992, Estados Unidos dedicó entre cuatro y cinco billones de dólares para ayudar a los muyahidín. Arabia Saudí aportó unos fondos similares a los norteamericanos, y junto con el apoyo de otros países europeos e islámicos, los muyahidín recibieron en total más de diez billones de dólares.¹ Gran parte de esta ayuda llegó en forma de armamento letal moderno entregado a un sencillo pueblo agrícola que lo utilizó con unos resultados devastadores.

Las heridas de guerra de los dirigentes talibán también reflejan el sangriento y brutal estilo bélico que se empleó en Kandahar y sus alrededores en la década de los ochenta. Los pashtunes durrani que habitan al sur de Kandahar recibieron mucha menos ayuda a través de la CIA y ayuda confidencial de Occidente que les armó, financió y proporcionó logística, tal como centros médicos para los muyahidín, en comparación con los pashtunes ghilzai al este del país y alrededor de Kabul. La ayuda fue distribuida por Interservices Intelligence (ISI) de Paquistán, un organismo que tendía a considerar Kandahar como un lugar atrasado y a los durrani con recelo. El resultado fue que el centro médico más cercano de que disponía un muyahidín kandahari se encontraba en Quetta, al otro lado de la frontera, en Paquistán, a dos días de incómodo viaje a camello. Incluso hoy escasean las unidades de primeros auxilios entre los talibán, hay muy pocos médicos y no hay cirujanos en la línea del frente. Prácticamente los únicos centros médicos del país son los hospitales del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR).

En diciembre de 1979 me encontraba casualmente en Kanda-

1. La ayuda norteamericana comenzó con 30 millones de dólares en 1980 y se incrementó a 80 millones en 1983, 250 millones en 1985, 470 millones en 1986, 630 millones en 1987 hasta 1989. La ayuda de Estados Unidos prosiguió hasta que Kabul cayó en poder de los muyahidín en 1992. Entre 1986 y 1989 la ayuda total a los muyahidín rebasó los mil millones de dólares al año. Rubin Barnett, «Afghanistan the forgotten crisis», *Refugee Survey Quarterly*, vol. 15, núm. 2, ACNUR, 1996.

har y contemplé la llegada de los primeros tanques soviéticos. Soldados soviéticos adolescentes habían viajado durante dos días desde la república soviética de Turkmenistán, en Asia Central, hasta Herat, y desde ahí a Kandahar, a lo largo de una carretera macadamizada que los mismos soviéticos habían tendido en los años sesenta. Muchos de los soldados eran de origen centroasiático. Bajaron de los tanques, se sacudieron el polvo de los uniformes y se encaminaron tranquilamente al puesto más cercano en busca de una taza de té verde sin azúcar, un elemento principal de la dieta tanto en Afganistán como en Asia Central. Los afganos del bazar se limitaban a contemplar la escena. El 27 de diciembre, las *Spetsnaz*, o fuerzas especiales soviéticas, habían tomado por asalto el palacio del presidente Hafizullah Amin en Kabul, lo habían matado y, tras ocupar Kabul, habían nombrado presidente a Babrak Karmal.

Cuando empezó la resistencia alrededor de Kandahar, se basó en la red tribal de los durrani. En Kandahar, la lucha contra los soviéticos fue una *yihad* tribal dirigida por jefes de clan y *ulema* (sabios religiosos de edad avanzada), a diferencia de una *yihad* ideológica dirigida por islamistas. En Peshawar había siete partidos muyahidín reconocidos por Paquistán y que recibieron ayuda confidencial de la CIA. Resulta significativo que ninguno de los siete partidos estuviera dirigido por pashtunes durrani. En Kandahar los siete partidos tenían seguidores, pero los partidos más populares en el sur eran los que se basaban en vínculos tribales, como el Harakat-e-Inqilab Islami (Movimiento de la Revolución Islámica), dirigido por el *maulvi* Mohammed Nabi Mohammedi, y el Hizb-e-Islami (Partido del Islam), dirigido por el *maulvi* Younis Khanis. Antes de la guerra ambos líderes eran muy conocidos en la zona pashtún y tenían sus propias *madrasas* o escuelas religiosas.

La lealtad al partido de los jefes en el sur dependía del dirigente peshawar que les proporcionaba dinero y armas. El *mulá* Omar se afilió al Hizb-e-Islami de los jalis, mientras que el *mulá* Hassan se afiliaba al Harakat.

—Conocía muy bien a Omar—declaró Hassan—. Luchábamos en frentes distintos y en grupos diferentes, pero a veces peleábamos juntos.²

2. Efectué varias entrevistas al *mulá* Hassan en Kandahar en 1995, 1996 y 1997.

También era popular el Frente Islámico Nacional, dirigido por el *pir* Sayed Ahmad Gailani, quien abogaba por el regreso del ex monarca durrai Zahir Shah para que encabezara la resistencia afgana, jugada a la que se oponían enérgicamente Paquistán y Estados Unidos. El ex monarca vivía en Roma y seguía siendo una figura popular entre los kandaharis, quienes confiaban en que su regreso reafirmaría el liderazgo de las tribus durrani.

Las contradicciones en el interior de la dirección muyahidín pashtún debilitarían a los pashtunes a medida que la guerra avanzaba. Los *ulema* valoraban los ideales históricos de la antigua historia islámica y no solían poner en tela de juicio a las estructuras tribales tradicionales afganas, como la *jirga*. También eran mucho más complacientes hacia las minorías étnicas. Los islamistas denigraban la estructura tribal y ejercían una ideología política radical a fin de provocar una revolución islámica en Afganistán. Eran exclusivistas y hacían que las minorías recelaran de ellos.

Así pues, el Harakat no tenía una estructura de partido coherente y no era más que una vaga alianza entre jefes militares y tribales, muchos de los cuales sólo habían recibido una educación rudimentaria en la *madrasa*. Por otro lado, el Hizb-e-Islami de Gulbuddin Hikmetyar formó una organización política reservada y altamente centralizada cuyos cuadros eran pashtunes urbanos educados. Antes de la guerra, los islamistas apenas tenían apoyo en la sociedad afgana, pero con dinero y armas aportados por la CIA y el apoyo de Paquistán, se afianzaron y lograron tener una enorme fuerza política. Tradicionalistas e islamistas lucharon implacablemente entre ellos, de modo que, en 1994, el liderazgo tradicional en Kandahar había sido prácticamente eliminado y dejado el campo libre para la nueva oleada de islamistas incluso más extremados, los talibán.

La batalla de Kandahar también estuvo determinada por su propia historia particular. Kandahar es la segunda ciudad de Afganistán y en 1979, antes de la guerra, tenía una población de 250.000 habitantes, la mitad que en la actualidad. La ciudad antigua ha estado habitada desde el año 500 a. C., pero a sólo cincuenta y seis kilómetros se encuentra Mundigak, un poblado de la Edad del Bronce establecido hacia el 3000 a. C., que en el pasado formó parte de la civilización del valle del Indo. Los kandaharis siempre han sido grandes mercaderes, pues la ciudad está situada en la intersección

de antiguas rutas comerciales, al este, por el puerto de Bolan, hacia Sind, el mar Arábigo y la India, y al oeste hacia Herat e Irán. La ciudad era el principal cruce de caminos para la difusión del comercio, las artes y los oficios entre Irán y la India, y sus numerosos bazares han sido famosos durante siglos.

La nueva ciudad ha cambiado poco desde que, en 1761, el sha durrani Ahmad, fundador de la dinastía durrani, la hizo construir con grandes proporciones. El hecho de que los durrani de Kandahar crearan el estado afgano y lo rigieran durante tres siglos otorgó a los kandaharis una categoría especial entre los pashtunes. Los reyes de Kabul hicieron una concesión a la ciudad desde la que reinaban y eximieron a los kandaharis de aportar hombres al ejército. El mausoleo del sha Ahmad domina el bazar central y millares de afganos todavía acuden allí para rezar y presentar sus respetos al fundador de la nación.

Junto a su tumba se encuentra el santuario del Manto del profeta Mahoma, uno de los lugares de culto más sagrados de Afganistán. El manto sólo se ha exhibido en contadas ocasiones, como cuando el rey Amanulá intentó reunir a las tribus, en 1929, y cuando una epidemia de cólera asoló la ciudad en 1935.³ Pero en 1996, a fin de legitimar su papel como dirigente designado por Dios para conducir al pueblo afgano, el mulá Omar sacó el manto y lo mostró a una gran multitud de talibán, quienes entonces lo nombraron *Amir-ul Momineen* o Jefe de los Fieles.

No obstante, la fama de Kandahar en la región se debe a sus plantaciones de frutales. Es una ciudad en un oasis, en medio del desierto, y aunque en verano el calor es terrible, está rodeada de frondosos y verdes campos y huertas que producen uvas, melones, moras, higos, melocotones y granadas, que alcanzaron celebridad en la India e Irán. Las granadas de Kandahar decoraban los manuscritos persas escritos hace mil años y se servían a la mesa del gobernador general británico de la India, en Delhi, en el siglo XIX. Los camioneros de la ciudad, que años más tarde dieron un importante apoyo financiero a los talibán en su ofensiva para conquistar el país, iniciaron su actividad el siglo pasado, cuando trans-

3. Nancy Hatch Dupree, *A Historical Guide to Afghanistan*, Organización de Turismo Afgano, Kabul, 1970.

portaban fruta de Kandahar hasta ciudades tan lejanas como Delhi y Calcuta.

Las plantaciones se regaban mediante un complejo y bien mantenido sistema de irrigación, hasta que estalló la guerra y tanto los soviéticos como los muyahidín minaron de tal manera los campos que la población rural huyó a Paquistán y las plantaciones quedaron abandonadas. Kandahar sigue siendo una de las ciudades más minadas del mundo. En un paisaje por lo demás llano, las plantaciones y los canales de agua proporcionaron cobertura a los muyahidín, quienes dominaron con rapidez el campo y aislaron de este modo a la guarnición soviética en la ciudad. Los soviéticos se vengaron talando miles de árboles y destrozando el sistema de irrigación. Cuando los refugiados regresaran a sus devastadas plantaciones, después de 1990, plantarían adormidera para ganarse la vida, y ésa sería una fuente de ingresos esencial para los talibán.

Tras la retirada soviética, en 1989, siguió una larga lucha contra el régimen del presidente Najibulá hasta 1992, cuando fue derrocado y los muyahidín conquistaron Kabul. La guerra civil que siguió estuvo determinada, en gran medida, por el hecho de que Kabul no cayó en manos de los partidos pashtunes bien armados y proclives a pelear entre ellos establecidos en Peshawar, sino en las de las fuerzas tayikas, mejor organizadas y más unidas, de Burhanuddin Rabbani y su jefe militar, Ahmad Shah Masud, y las fuerzas uzbekas que atacaron desde el norte, al mando del general Rashid Dostum. Fue un golpe psicológico devastador, porque por primera vez en tres siglos los pashtunes habían perdido el control de la capital. Casi de inmediato comenzó una guerra civil interna, mientras Hikmetyar intentaba reunir a los pashtunes y cercar Kabul, bombardeándola sin piedad.

Poco antes de que aparecieran los talibán, a fines de 1994, Afganistán se hallaba casi en un estado de desintegración. El país estaba dividido en feudos regidos por señores de la guerra, y todos ellos habían luchado, cambiado de bando y luchado de nuevo en una serie asombrosa de alianzas, traiciones y derramamientos de sangre. El gobierno del presidente Burhanuddin Rabbani, predominantemente tayiko, controlaba Kabul, sus alrededores y el nordeste del país, mientras que tres provincias del oeste, cuyo centro era Herat, estaban en manos de Ismael Khan. Al este, en la frontera

de Paquistán, tres provincias pashtunes se encontraban bajo el control independiente de una *shura* (consejo) de muyahidín, radicado en Jalalabad. Una pequeña región al sur y el este de Kabul estaba controlada por Gulbuddin Hikmetyar.

Al norte, el señor de la guerra uzbeko, el general Rashid Dostum, dominaba seis provincias y en enero de 1994 había abandonado su alianza con el gobierno de Rabbani y se había unido a Hikmetyar para atacar Kabul. En el centro de Afganistán los hazaras controlaban la provincia de Bamiyan. El sur de Afganistán y Kandahar estaban divididos entre docenas de insignificantes señores de la guerra ex muyahidín y bandidos que saqueaban a placer a la población. Con la estructura tribal y la economía hechas jirones, sin ningún consenso sobre el liderazgo pashtún y dada la renuencia de Paquistán a conceder ayuda militar a los durranis como se la habían proporcionado a Hikmetyar, los pashtunes meridionales estaban en guerra entre ellos.

Las organizaciones internacionales de ayuda tenían incluso trabajar en Kandahar, pues la misma ciudad estaba dividida en grupos hostiles. A fin de conseguir dinero, sus dirigentes lo vendían todo a los paquistaníes a precios de saldo, derribaban postes y tendidos telefónicos, talaban árboles, vendían fábricas, maquinaria y hasta apisonadoras a los chatarreros. Los señores de la guerra se apoderaban de hogares y granjas, expulsaban a sus ocupantes y entregaban los edificios a quienes les apoyaban. Los jefes militares abusaban de la población a voluntad, raptaban chicas y chicos para su placer sexual, robaban a los mercaderes en los bazares, se peleaban y alborotaban en las calles. En lugar de refugiados que regresaran de Paquistán, una nueva oleada de refugiados empezaron a abandonar Kandahar con destino a Quetta.

La situación perjudicaba a la poderosa mafia de los camioneros radicados en Quetta y Kandahar, hasta el punto de hacerse intolerable. En 1993 recorrí los 209 kilómetros de carretera entre Quetta y Kandahar, y en esa distancia relativamente corta nos detuvieron por lo menos veinte grupos diferentes, que habían colocado cadenas por encima de la calzada y exigían peaje para circular. A la mafia del transporte, que intentaba abrir rutas para el contrabando de mercancías entre Quetta, Irán y el estado de Turkmenistán, que acababa de obtener la independencia, le resultaba imposible llevar a cabo sus negocios.

Para los muyahidín que habían luchado contra el régimen de Najibulá y luego se habían ido a casa a fin de proseguir sus estudios en las *madradas* de Quetta y Kandahar, la situación era especialmente mortificante.

—Todos nos conocíamos: los *mulás* Omar, Ghaus, Mohammed Rabbani, quien no tiene ninguna relación con el presidente Rabbani, y yo mismo, porque todos procedíamos de la provincia de Urozgan y habíamos luchado juntos—me dijo el *mulá* Hassan, y añadió—: Yo iba a Quetta y volvía, y asistía a *madradas* de allí, pero cada vez que nos reuníamos hablábamos de la terrible situación en que se encontraba nuestro pueblo sometido a esos bandidos. Teníamos las mismas opiniones y nos llevábamos muy bien entre nosotros, por lo que resultó fácil tomar la decisión de hacer algo.

El *mulá* Mohammed Ghaus, el tuerto ministro de Asuntos Exteriores de los talibán, me dijo algo parecido.

—Discutíamos durante largo tiempo la manera de cambiar la terrible situación. Antes de empezar sólo teníamos unas vagas ideas de lo que podríamos hacer, y pensábamos que íbamos a trabajar, pero creíamos que estábamos trabajando con Alá como sus discípulos. Hemos llegado tan lejos porque Alá nos ha ayudado.⁴

En el sur, otros grupos de muyahidín también discutían los mismos problemas. He aquí lo que me dijo el *mulá* Mohammed Abbas, quien llegaría a ser ministro de Sanidad en Kabul:

—Mucha gente buscaba una solución. Yo era de Kalat, en la provincia de Zabul, a 136 kilómetros al norte de Kandahar, y me había integrado en una *madrada*, pero la situación era tan mala que no podíamos concentrarnos en los estudios, y con un grupo de amigos pasábamos el tiempo discutiendo lo que deberíamos hacer y era preciso llevar a cabo.—Abbas añadió—: El viejo liderazgo muyahidín no había conseguido traer la paz. Así pues, con un grupo de amigos fui a Herat para asistir a la *shura* convocada por Ismael Khan, pero no se llegó a ninguna solución y las cosas iban de mal en peor. Por ello fuimos a Kandahar, hablamos con el *mulá* Omar y nos unimos a él.

Tras largas discusiones, estos grupos divergentes pero profundamente comprometidos esbozaron un programa que sigue siendo la declaración de propósitos de los talibán: restaurar la paz, desarmar a la

4. Efectué varias entrevistas al *mulá* Ghaus en 1996 y 1997.

población, reforzar la ley de la *sharia* y defender la integridad del carácter islámico de Afganistán. Como la mayoría de ellos eran estudiantes en las *madrasas* ya fuese a tiempo parcial, ya con dedicación plena, es natural que eligieran el nombre que se impusieron. Un *talib* es un estudiante islámico, que busca el conocimiento, mientras que el *mulá* es quien proporciona el conocimiento. Al escoger un nombre como *talibán* (plural de *talib*), se distanciaban de la política partidista de los muyahidín e indicaban que eran un movimiento para purificar a la sociedad más que un partido que intentara hacerse con el poder.

Todos cuantos se reunieron en torno a Omar eran producto de la *yihad*, pero estaban muy desilusionados por la división en facciones y las actividades criminales de la dirección muyahidín, a la que habían idealizado. Se consideraban los purificadores de una guerra de guerrillas descarriada, un sistema social erróneo y un estilo islámico de vida que corría peligro debido a la corrupción y el exceso. Muchos de ellos habían nacido en campos de refugiados paquistaníes, se habían educado en *madrasas* paquistaníes y habían adquirido su pericia como luchadores de grupos muyahidín establecidos en Paquistán. Los talibán más jóvenes apenas conocían su propio país ni su historia, pero en sus *madrasas* estudiaron la sociedad islámica ideal creada por el profeta Mahoma 1.400 años atrás, y eso era lo que querían emular.

Algunos talibán afirman que la elección de Omar como dirigente no se debió a su capacidad política o militar, sino a su religiosidad y su firme creencia en el Islam. Otros creen que fue elegido por Dios.

—Seleccionamos al *mulá* Omar para que encabezara este movimiento—dijo el *mulá* Hassan—. Era el primero entre iguales y le conferimos el poder de dirigirnos y la autoridad para ocuparse de los problemas de la gente.

El mismo Omar dio una sencilla explicación al periodista paquistaní Rahimulá Yousufzai:

—Nos alzamos en armas para cumplir con los objetivos de la *yihad* afgana y salvar a nuestro pueblo de más sufrimientos a manos de los llamados muyahidín. Teníamos una fe absoluta en Dios Todopoderoso. Jamás lo olvidamos. Él puede bendecirnos con la victoria o sumirnos en la derrota.⁵

5. Rahimulá Yousufzai, «Taliban head says Rabbani sabotaging UN peace efforts», *The News*, 2 de febrero de 1995.

Hoy en día, ningún dirigente mundial está rodeado de tanta reserva y misterio como el *mulá* Mohammed Omar. Tiene treinta y nueve años y jamás ha sido fotografiado ni entrevistado por periodistas occidentales. Su primer encuentro con un diplomático de la ONU tuvo lugar en octubre de 1998, cuatro años después de que aparecieran los talibán, cuando se reunió con Lakhdar Brahimi, representante especial de la ONU en Afganistán, porque los talibán se enfrentaban a un posible ataque devastador por parte de Irán. Omar vive en Kandahar y ha visitado Kabul, la capital, tan sólo en dos breves ocasiones. La recopilación de los hechos escuetos de su vida se ha convertido en una tarea que exige una dedicación total para la mayoría de los afganos y los diplomáticos extranjeros.

Omar nació alrededor de 1959 en el pueblo de Nodeh, cerca de Kandahar, en el seno de una familia de campesinos pobres, miembros de la tribu hotak, la rama ghilzai de los pashtunes. El jefe hotaki Mir Wais capturó la localidad iraní de Isfahan en 1721 y estableció el primer imperio ghilzai afgano en Irán, antes de que lo sustituyera muy pronto Ahmad Shah Durrani. La categoría social y tribal de Omar era insignificante, y los notables de Kandahar afirman que jamás habían oído hablar de su familia. Durante la *yihad* de los años ochenta, su familia se trasladó a Tarinkot, en la provincia de Urozgan, una de las regiones más atrasadas e inaccesibles del país, donde las tropas soviéticas no solían penetrar. Su padre murió cuando él era aún joven y le correspondió la tarea de sustentar a su madre y una familia numerosa.

En busca de empleo, Omar se trasladó al pueblo de Singesar, en el distrito Mewand de la provincia de Kandahar, donde se convirtió en el *mulá* de la localidad y estableció una pequeña *madrasa*. Sus propios estudios en *madrasas* de Kandahar habían sido interrumpidos en dos ocasiones, primero por la invasión soviética y luego por la creación de los talibán.⁶ Omar se afilió al Hibz-e-Islami de Jali y luchó a las órdenes del jefe Nek Mohammed, contra el régimen de Najibulá, entre 1989 y 1992. Fue herido en cuatro ocasiones, una de ellas en el ojo derecho, del que perdió por completo la vista.

6. He reunido los datos para este retrato del *mulá* Omar a lo largo de cinco años, tras entrevistar a docenas de dirigentes talibán. Agradezco los artículos de Rahimulá Yousufzai, pues es el único periodista que ha entrevistado a Omar.

A pesar del éxito de los talibán, Singesar sigue siendo como cualquier otro pueblo pashtún. Casas de ladrillos de barro recubiertos con más barro y paja detrás de unas altas murallas, un tradicional sistema defensivo de los hogares pashtún. Callejones estrechos y polvorientos, que se convierten en baños de barro cuando llueve, ponen en comunicación las casas del pueblo. La *madrassa* de Omar todavía funciona, una choza de barro con el suelo de tierra sobre el que se extienden unas colchonetas para que duerman los muchachos. Omar tiene tres esposas que siguen viviendo en el pueblo y siempre van cubiertas con el velo. La primera y la tercera esposa proceden de Urozgan, mientras que la segunda, la adolescente Guljana, con quien se casó en 1995, es de Singesar. Tiene en total cinco hijos que estudian en su *madrassa*.⁷

Omar es un hombre alto y de buena complexión, de barba larga y negra, con la cabeza cubierta por un turbante también negro. Tiene un seco sentido del humor y un ingenio sarcástico. Sigue siendo tímido en extremo con los forasteros, sobre todo con los extranjeros, pero es accesible a los talibán. Cuando se inició el movimiento, cada viernes iba a orar a la mezquita principal de Kandahar y se mezclaba con la gente, pero luego casi se ha recluso del todo y no suele salir de la mansión administrativa de Kandahar donde vive. Ahora apenas visita su pueblo, y cuando lo hace siempre le acompañan docenas de guardaespaldas en una escolta de lujosos vehículos japoneses de ventanillas oscuras.

Omar habla muy poco en las reuniones de la *shura* y se limita a escuchar los puntos de vista de los demás. Su timidez le convierte en un orador deficiente, y a pesar de la mitología que ahora le rodea, tiene poco atractivo carismático. Se pasa el día solventando asuntos en un pequeño despacho de la mansión. Al principio se sentaba en el suelo de cemento, al lado de los talibán que lo visitaban, pero ahora lo hace en una cama mientras los otros se sientan en el suelo: así realza su categoría de dirigente. Tiene varios secretarios que toman nota de sus conversaciones con jefes, soldados ordinarios, *ulema* y demandantes, y siempre se oye la crepitación de los radiorreceptores, pues los jefes diseminados por todo el país tratan de comunicarse con él.

7. Suzanne Goldenberg, «Place where the Taliban began and certainty ends», *The Guardian*, 13 de octubre de 1998.

Los asuntos que solventa consisten en largos debates y discusiones que terminan con la entrega de «notas», trozos de papel en los que ha escrito instrucciones que autorizan a los jefes a efectuar un ataque, ordenan a un gobernador talibán que ayude a un demandante o son un mensaje para los mediadores de la ONU. A menudo las comunicaciones formales con las embajadas extranjeras en Islamabad las dictaban consejeros paquistaníes.

En los primeros tiempos del movimiento, recogí numerosas notas escritas en paquetes de tabaco o papel de envolver, las cuales me permitían viajar de una ciudad a otra. Ahora se utiliza un papel de aspecto más oficial. Omar tiene a su lado un cofre de hojalata del que saca fajos de billetes afganos para los jefes y demandantes necesitados. Con la llegada del éxito, a ese cofre le acompañó un segundo, lleno de dólares americanos. Ambos cofres metálicos constituyen el tesoro del movimiento talibán.

En las reuniones importantes, el *mulá* Wakil Ahmad, hombre de confianza de Omar y portavoz oficial, suele estar a su lado. Wakil, joven estudiante de *madrassa*, procedente de la tribu kadar y que recibió las enseñanzas de Omar, empezó como su compañero, conductor, catador de alimentos, traductor y escribano. No tardó en ocuparse de asuntos más importantes, como comunicarse con los diplomáticos extranjeros y los funcionarios de los organismos humanitarios, viajar para recibir a los jefes talibán y encontrarse con los funcionarios paquistaníes. Como portavoz de Omar, es el principal contacto talibán con la prensa extranjera, así como el encargado de reconvenir a los reporteros cuando cree que han criticado a los talibán con demasiada dureza. Wakil actúa como los oídos y los ojos de Omar, y es también su portero. Ningún afgano importante puede llegar a presencia de Omar sin haber visto primero a Wakil.

Existe en la actualidad una verdadera manufactura de mitos y anécdotas para explicar cómo Omar movilizó a un pequeño grupo de talibán contra los rapaces señores de la guerra de Kandahar. El relato más creíble, contado una y otra vez, es que en la primavera de 1994 se presentaron ante él unos vecinos de Singesar para decirle que un jefe había raptado a dos adolescentes, a las que, tras raparles las cabezas, llevaron a un campamento militar donde fueron repetidamente violadas. Omar enroló a unos treinta *talibs*, que sólo tenían dieciséis fusiles entre todos ellos, y atacaron la base, liberaron

a las muchachas y colgaron al comandante del cañón de un tanque. También capturaron una gran cantidad de armas y municiones.

—Luchábamos contra musulmanes que se habían descarriado—dijo Omar más adelante—. ¿Cómo podíamos quedarnos quietos cuando veíamos los desmanes cometidos contra las mujeres y los pobres?⁸

Al cabo de unos meses dos comandantes se enfrentaron en Kandahar, en una disputa por un muchacho al que ambos habían querido sodomizar. Siguió una pelea durante la cual murieron varios civiles. El grupo de Omar liberó al muchacho, y los talibán empezaron a ser objeto de llamamientos públicos para que intervinieran en disputas locales. Omar había emergido como un Robin Hood que ayudaba a los pobres contra los jefes rapaces. Su prestigio fue en aumento porque no pedía ninguna recompensa ni reconocimiento por parte de aquellos a quienes ayudaba, y sólo exigía que le siguieran para establecer un sistema islámico justo.

Al mismo tiempo, los emisarios de Omar aquilataban el estado de ánimo de otros jefes militares. Sus colegas visitaron Herat para reunirse con Ismael Khan, y en septiembre el *mulá* Mohammed Rabbani, miembro fundador del movimiento talibán, visitó Kabul y mantuvo conversaciones con el presidente Rabbani. El gobierno de Kabul, que estaba aislado, deseaba prestar su apoyo a cualquier nueva fuerza pashtún que se opusiera a Hikmetyar, quien seguía bombardeando Kabul, y Rabbani prometió ayudar a los talibán con fondos si se oponían a Hikmetyar.

Sin embargo, los vínculos más estrechos de los talibán eran los establecidos con Paquistán, donde muchos de ellos se habían criado y habían estudiado en *madrasas* dirigidas por el vivaz *maulana* Fazlur Rehman y su Jamiat-e-Ulema Islam (JUI), un partido fundamentalista que gozaba de un apoyo considerable entre los pashtunes en Beluchistán y la Provincia Fronteriza del Noroeste (NWFP). Más significativo era el hecho de que la primera ministra Benazir Bhutto y él tuvieran acceso al gobierno, el ejército y el ISI, a quienes Rehman habló de la fuerza política emergente.

La política afgana de Paquistán estaba estancada. Tras el de-

8. John Burns y Steve Levine, «How Afghans' stern rules took hold», *New York Times*, 11 de diciembre de 1996.

rrumbe de la Unión Soviética en 1991, los sucesivos gobiernos paquistaníes ansiaban con desesperación la apertura de rutas terrestres directas para el comercio con las repúblicas de Asia Central. El mayor obstáculo con que se encontraban era la interminable guerra civil en Afganistán, pues todas las rutas habían de pasar forzosamente por territorios en guerra. Así pues, las autoridades de Paquistán se enfrentaban a un dilema estratégico. O bien Paquistán podría seguir apoyando a Hikmetyar, en un esfuerzo por lograr que el grupo pashtún se hiciera con el poder en Kabul, un grupo que se mostraría amistoso y cordial con Paquistán, o bien podía cambiar de dirección e instar a un acuerdo para compartir el poder entre todas las facciones afganas, fuera cual fuese el precio para los pashtunes, de modo que un gobierno estable pudiera abrir las rutas de Asia Central.

Los militares paquistaníes estaban convencidos de que otros grupos étnicos no les obedecerían y siguieron apoyando a Hikmetyar. Alrededor del 20 por 100 del ejército paquistaní estaba formado por pashtunes paquistaníes, y la camarilla pro pashtún y fundamentalista islámica en el seno del ISI, así como los militares, seguían decididos a lograr una victoria pashtún en Afganistán. No obstante, en 1994 Hikmetyar había fracasado con toda evidencia, perdiendo terreno militarmente mientras su extremismo dividía a los pashtunes, que en su mayoría lo odiaban. Paquistán se estaba cansando de apoyar a un perdedor y buscaba otros agentes pashtunes potenciales.

En 1993, cuando Benazir Bhutto fue elegida primera ministra, tenía el vivo deseo de abrir una ruta hacia Asia Central. La ruta más corta era la que iba de Peshawar a Kabul, a través de las montañas del Hindu Kush, y luego por Mazar-e-Sharif, Tirmez y Tashkent, en Uzbekistán, pero esta ruta estaba cerrada debido a la lucha alrededor de Kabul. Surgió una nueva propuesta, apoyada con firmeza por la frustrada mafia paquistaní del transporte y el contrabando, el JUI y los militares y políticos pashtunes. En lugar de la ruta septentrional, se despejaría la carretera de Quetta a Kandahar, Herat y así hasta Ashjhabab, la capital de Turkmenistán. En el sur no se luchaba, sólo había docenas de comandantes a los que sería preciso sobornar adecuadamente antes de que accedieran a retirar las cadenas.

En septiembre de 1994, agrimensores paquistaníes y miembros del ISI recorrieron discretamente la carretera desde Chaman, en la frontera paquistaní, hasta Herat, a fin de examinar sus condiciones.

Ese mismo mes, Naseerulá Babar, ministro de Interior paquistaní, de origen pashtún, también visitó Chaman. Los señores de la guerra de Kandahar recelaban del plan, sospechando que los paquistaníes estaban a punto de intentar una intervención militar para aplastarlos. Uno de los jefes, Amir Lalai, lanzó una abrupta advertencia a Babar:

—Paquistán se ofrece para reconstruir nuestras carreteras, pero no creo que como consecuencia de ello lleguemos automáticamente a la paz. Mientras los países vecinos sigan inmiscuyéndose en nuestros asuntos internos, no podemos esperar la paz.⁹

Sin embargo, los paquistaníes empezaron a negociar con los señores de la guerra de Kandahar e Ismael Khan en Herat, para autorizar el tráfico a través de Turkmenistán. El 20 de octubre de 1994, Babar llevó a un grupo de seis embajadores occidentales a Kandahar y Herat, sin informar siquiera al gobierno de Kabul.¹⁰ Formaban parte de la delegación de funcionarios de alto rango de los departamentos de Ferrocarriles, Carreteras, Teléfonos y Electricidad. Babar dijo que quería conseguir trescientos millones de dólares procedentes de organismos internacionales para reconstruir la carretera de Quetta a Herat. El 28 de octubre, Bhutto se reunió con Ismael Khan y el general Rashid Dostum en Ashjabab, y les instó a aceptar la apertura de una ruta meridional, donde los camiones sólo pagarían un par de peajes en todo el trayecto y tendrían garantizada su seguridad.

Pero antes de que se celebrara esa reunión, un importante acontecimiento había desconcertado a los jefes militares de Kandahar. El 12 de octubre de 1994, unos doscientos talibán de Kandahar y las *madrasas* paquistaníes llegaron al pequeño puesto fronterizo afgano de Spin Baldak, en la frontera entre Paquistán y Afganistán, enfrente de Chaman. El mugriento lugar en medio del desierto era una importante escala donde repostaban los camiones de la mafia del transporte y estaba en poder de los hombres de Hikmetyar. Allí los camiones afganos cargaban las mercancías que traían los camiones paquistaníes, que no estaban autorizados a entrar en Afganistán, y

9. *Dawn*, 4 de noviembre de 1994.

10. Los embajadores eran de Estados Unidos, Reino Unido, España, Italia, China y Corea del Sur. Formaban parte de la delegación de funcionarios de Naciones Unidas.

se pasaba combustible de contrabando desde Paquistán para abastecer a los ejércitos de los señores de la guerra. El control de la localidad era esencial para la mafia del transporte. Ya habían entregado centenares de miles de rupias paquistaníes al *mulá* Omar, y prometido un estipendio mensual a los talibán si éstos limpiaban las carreteras de cadenas y bandidos y garantizaban la seguridad del tráfico de camiones.¹¹

La fuerza talibán se dividió en tres grupos que atacaron a la guarnición de Hikmetyar. Tras una breve y feroz batalla, huyeron dejando siete muertos y varios heridos. Los talibán sólo sufrieron una baja. Entonces Paquistán ayudó a los talibán, permitiéndoles capturar un gran depósito de armas en las afueras de Spin Baldak, que había estado protegido por los hombres de Hikmetyar. Ese depósito había sido trasladado a través de la frontera desde Paquistán a Afganistán en 1990, cuando las condiciones de los acuerdos de Ginebra obligaron a Islamabad a no mantener armamento para los afganos en territorio paquistaní. Los talibán se apoderaron de unos 18.000 Kaláshnikov, decenas de piezas de artillería, grandes cantidades de munición y numerosos vehículos.¹²

La toma de Spin Baldak preocupó a los señores de la guerra establecidos en Kandahar, quienes denunciaron a Paquistán por apoyar a los talibán, pero en lugar de unirse para hacer frente a la nueva amenaza, siguieron litigando entre ellos. Ahora Babar se impacientaba y ordenó que un convoy de prueba formado por treinta camiones viajara a Ashjabab con un cargamento de medicinas. Más adelante, un funcionario paquistaní radicado en Kandahar me reveló:

—Le dije a Babar que deberíamos esperar dos meses, porque no teníamos acuerdo alguno con los jefes militares de Kandahar, pero Babar insistió en enviar el convoy. Los jefes sospechaban que el convoy transportaba armas para una futura fuerza paquistaní.¹³

11. Entrevistas con altos funcionarios del gobierno paquistaní y transportistas en Quetta, marzo 1995.

12. Anthony Davis, «How the Taliban became a military force», en William Maley (ed.), *Fundamentalism Reborn? Afghanistan and the Taliban*, C. Hurst, Londres, 1998. El relato militar de Davis es el más detallado hasta la fecha sobre la captura de Spin Baldak y Kandahar por parte de los talibán.

13. Entrevistas con funcionarios de los servicios secretos paquistaníes (Kandahar, abril 1995).

El 29 de octubre de 1994, el convoy, perteneciente a la Célula Logística Nacional (NLC) del ejército, que había sido establecida en la década de los ochenta por el ISI para canalizar la entrega de armas norteamericanas a los muyahidín, salió de Quetta con ochenta conductores paquistaníes ex militares. El coronel Imam, el oficial superior más importante del ISI que operaba en el sur y cónsul general de Paquistán en Herat, también viajaba con la expedición. Le acompañaban dos jóvenes jefes talibán, los *mulás* Borjan y Turabi. (Más adelante ambos encabezarían el primer asalto talibán de Kabul, donde el *mulá* Borjan hallaría la muerte.) A veinte kilómetros de Kandahar, en Takht-e-Pul, cerca del perímetro del aeropuerto de Kandahar, un grupo de jefes militares, Amir Lalai, Mansur Achakzai, quien controlaba el aeropuerto, y Ustad Halim, detuvieron el convoy. Ordenaron que los camiones aparcaran en un pueblo vecino, al pie de unas montañas de escasa altura. Meses después, cuando fui al lugar, todavía eran evidentes los restos de fogatas y raciones abandonadas.

Los jefes militares exigieron dinero, una parte de la mercancía y que Paquistán dejara de ayudar a los talibán. Mientras los jefes negociaban con el coronel Imam, Islamabad impuso durante tres días la supresión de noticias sobre el secuestro del convoy.

—Temíamos que Mansur cargara armas en el convoy y luego culpara a Paquistán—me dijo un funcionario paquistaní—. Así pues, examinamos todas las opciones militares para rescatar el convoy, tales como un ataque del Grupo de Servicios Especiales (comandos militares paquistaníes) o un lanzamiento de paracaidistas. Consideramos estas opciones demasiado peligrosas, por lo que pedimos a los talibán que liberasen el convoy.

El 3 de noviembre de 1994, los talibán avanzaron para atacar a quienes retenían el convoy. Los jefes, creyendo que era un ataque del ejército paquistaní, huyeron. Los talibán persiguieron a Mansur hasta el desierto y lo abatieron a tiros junto con diez miembros de su guardia personal. Colgaron su cuerpo del cañón de un tanque para que todos lo vieran.

Aquella misma noche, los talibán avanzaron hacia Kandahar, donde, tras dos días de lucha esporádica, derrotaron a las fuerzas de los jefes. El *mulá* Naquib, el jefe militar más importante de la ciudad, que tenía 2.500 hombres a su mando, no se resistió. Más ade-

lante algunos de sus ayudantes afirmaron que Naquib había aceptado un considerable soborno por parte del ISI para rendirse, con la promesa de que retendría el mando. Los talibán enrolaron a los hombres del *mulá* y a éste le hicieron retirarse a su pueblo en las afueras de Kandahar. Entonces capturaron decenas de tanques, carros blindados, vehículos militares, armas y, lo más importante de todo, seis Mig-21 y seis helicópteros de transporte que estaban en el aeropuerto, restos de la ocupación soviética.

En sólo un par de semanas aquella fuerza desconocida había capturado la segunda ciudad de Afganistán y sus bajas se habían limitado a una docena de hombres. En Islamabad, ningún diplomático extranjero o analista dudaba de que habían recibido una ayuda importante por parte de Paquistán. El gobierno y el JUI celebraron la caída de Kandahar. Babar se atribuyó el mérito del éxito talibán, diciendo en privado a los periodistas que los talibán eran «nuestros muchachos». No obstante, los talibán demostraron su independencia de Paquistán e indicaron que ellos no eran marionetas de nadie. El 16 de noviembre de 1994, el *mulá* Ghaus dijo que, en el futuro, Paquistán no debía pasar por alto a los talibán al enviar convoyes ni cerrar tratos con señores de la guerra individuales. También dijo que los talibán no permitirían que camiones paquistaníes transportaran mercancías con destino a Afganistán, una exigencia esencial de la mafia del transporte.¹⁴

Los talibán eliminaron las cadenas de las carreteras, establecieron un sistema de un solo peaje para los camiones que entraban en Afganistán por Spin Baldak y patrullaron la carretera que enlazaba con Paquistán. La mafia del transporte estaba encantada, y en diciembre el primer convoy paquistaní de cincuenta camiones cargados de algodón en rama, procedentes de Turkmenistán, llegó a Quetta, tras haber pagado a los talibán 200.000 rupias (5.000 dólares) en concepto de peaje. Entre tanto, millares de jóvenes pashtunes afganos que estudiaban en Baluchistán y la NWFP afluyeron rápidamente a Kandahar para unirse a los talibán. No tardaron en seguirles voluntarios paquistaníes de las *madrasas* del JUI, estimulados por el nuevo movimiento islámico de Afganistán. En diciembre de 1994, unos 12.000 estudiantes afganos y paquistaníes se habían unido a los talibán en Kandahar.

14. *Muslim*, 17 de noviembre de 1994.

Mientras en Paquistán aumentaba la presión internacional y nacional para que el país explicara su postura, en febrero de 1995 Bhutto expresó su primera negativa formal de cualquier apoyo paquistaní a los talibán. «No tenemos favoritos en Afganistán y no interferimos en los asuntos afganos», afirmó durante una visita a Manila.¹⁵ Más tarde dijo que Paquistán no podía evitar que nuevos reclutas cruzaran la frontera para unirse a los talibán. «No puedo librar por él la guerra del señor [presidente Burhanuddin] Rabbani. Si los afganos quieren cruzar la frontera, no se lo impido. Puedo evitar que vuelvan a entrar, pero la mayoría de ellos tienen familiares aquí», dijo la presidenta.¹⁶

De inmediato los talibán pusieron en práctica la interpretación más estricta de la ley *sharia* jamás vista en el mundo musulmán. Cerraron las escuelas de niñas, prohibieron que las mujeres trabajaran fuera de casa, destrozaron los televisores, prohibieron una amplia serie de deportes y actividades recreativas y ordenaron que todos los hombres se dejaran crecer largas barbas. Durante los tres meses siguientes, los talibán dominarían doce de las treinta y una provincias de Afganistán, abrirían las carreteras al tráfico y desarmarían a la población. Cuando emprendieron la marcha hacia el norte, en dirección a Kabul, los señores de la guerra locales o bien huyeron o bien, agitando banderas blancas, se les rindieron. El *mulá* Omar y su ejército de estudiantes marchaban a través de Afganistán.

15. *The Nation*, 18 de febrero de 1995.

16. *Dawn*, 18 de marzo de 1995.